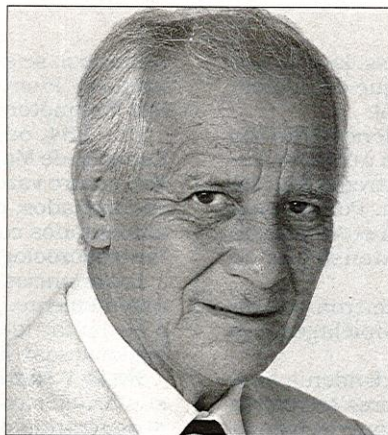


Materia / **Historia**

Réquiem para una cultura

Crónica de una expedición a los confines de la patagonia chilena donde agoniza uno de sus pueblos más antiguos. Su supervivencia diaria, los excesos con el alcohol y las prácticas sexuales poligámicas que solían terminar en muerte. La pérdida de las memorias nativas en el presente.

Por **LUIS FRONTERA ***



El primer libro del mundo estaba en la casa de unos amigos de mis padres. No sabía leer y vagaba por las ilustraciones que mostraban unos hombres semidesnudos y de fiera increíble, que pintaban sus cuerpos, atacaban a dentelladas a las personas y las almorzaban vivas. Pero la ojeada siempre se detenía sobre un dibujo en el que un sol, de gesto furioso, desplumaba con soplidos de fuego a un pájaro con gorro de cocinero.

Aquella imagen fue olvidada hasta el 2010, medio siglo más tarde, cuando en Punta Arenas y sobre la costa del Estrecho de Magallanes, el escultor Alfonso Cárcamo, uno de los últimos kawesqar (alacalufes para los argentinos), me recitó un mito de su pueblo: "El pájaro carpintero, se dice, cocinaba las cholgas en el fuego, se quemó y por eso, se dice, que el pecho le quedó colorado".

El relato arrastró a la memoria un mito de los araweté

del Amazonas, quienes afirmaban que el mirlo adquirió su pechera roja quemándose, al intentar robarles el fuego a los humanos. Pero lejos de indicar que los nativos viajaban de un extremo a otro de Sudamérica, la coincidencia vino a ratificar que el "pensamiento salvaje" (concepto más preciso que "inteligencia primitiva") se desarrolla

de manera similar en todas las culturas.

La similitud de la violencia sufrida por los tres pájaros (el del libro, el kawesqar y el araweté) iluminó el contenido de un diálogo entre un periodista y Claude Lévi-Strauss, fundador de la antropología estructural (fallecido en 2009):

–Quisiera plantear una pregunta sencilla: ¿Qué es un mito?

–Es todo lo contrario de una pregunta sencilla... Si se la hace a un indio americano, le dirá que es una historia del tiempo en que los hombres y los animales no eran distintos.

El cuento kawesqar indica que también los pueblos fueguinos atesoraban aquellos mitos que constituyen la literatura oral de las sociedades ágrafas. Según la mayoría de esas historias, y en todas las culturas originarias del mundo, los nativos sostenían cierta creencia en el sentido de que, de la misma manera en que al principio los animales fueron hombres, los humanos serían animales al final del camino.

Se puede recordar que, según un mito del pueblo kóskimo (Norte de América), un jefe y su perro se transformaban día a día uno en el otro y hasta llevaban el mismo nombre.

Otro fundamento de Levi-Strauss (tomado de "Metafísicas canibales", Eduardo Viveiros de Castro, Katz Editores, 2010) señala que la inteligencia nativa no procede con pasos muy distintos de los del pensamiento eurocéntrico. Viveiros de Castro recuerda, al respecto, un comentario de Levi-Strauss: "En las Antillas Mayores, mientras los españoles investigaban si los indígenas tenían alma, estos últimos se dedicaban a sumergir en el mar a los blancos que morían, para ver si sus cadáveres se pudrían".

El fundador del estructuralismo concluía que los europeos invocaban las ciencias sociales, mientras los indios recurrían a las ciencias naturales. Y en tanto unos creían que los indios eran animales, los antillanos sospechaban que los españoles eran dioses: "A ignorancia igual, el método de los nativos era más digno de seres humanos", escribe Levi-Strauss.

(Puede decirse que, antes de Levi-Strauss, la antropología solía ser un espejo de la sociedad que estudiaba, más que un retrato del pueblo estudiado).

"ANTROPOLOGÍA ZOOLOGICA". ¿Pero quiénes eran los kawesqar (o alacalufes)? Diez mil años atrás, el Estrecho de Magallanes no existía y, el extremo sur del continente, estaba unido a la Antártida. Pero la vida humana habitaba en la zona desde hacía entre 13.000 a 14.000 años (la bibliografía es tan extensa que no puede ser citada).

El frío y las dificultades geográficas hicieron que diversos pueblos convivieran en los archipiélagos, sin frecuentarse.

Muchos estudiosos, para simplificar, dividen a esas culturas en dos grandes grupos: cazadores terrestres (aoniken, onas o selknam y hausch) y canoeros (yámanas y kawesqar).

Alacalufe, término usado en la Argentina, puede provenir del yámana "halakwoolup" (que come mejillones). Pero kawesqar es el nombre con el que este pueblo se llamaba a sí mismo: kawes-piel y qar hueso: gente de piel y hueso.

Los kawesqar recorrían la zona del Beagle pero preferían navegar los canales de la hoy Patagonia Chilena (decir que un nativo es argentino o chileno es una manera de sellar la asimilación y encubrir su desaparición).

Vivían prácticamente sobre las canoas y remaba la mujer, mientras los varones manejaban el arpón. Iban desnudos, eran musculosos, medían algo menos de un metro setenta, aún enfermos rompían el hielo para ba-

ñarse, y contaban con los dedos pero hasta diez, porque más era "demasiado".

Se alimentaban de ballenas, focas, aves, mariscos y huevos. Comían flores y unos gusanos blancos (y azucarados), que encontraban en la corteza de los árboles, eran las golosinas de sus hijos. No conocían el vértigo, las mujeres podían cambiar de marido varias veces (o pasar la noche con otro sin reproches de su pareja), y los varones solían mantener relaciones homosexuales duraderas.

Pero también actuaban con violencia: si a un marido no le gustaba su rival lo mataba, y lo mismo hacía con su mujer cuando no lograba convencerla de que regresara a la choza.

Reían a carcajadas al verse en un espejo, sentían por los animales un profundo cariño (algunas madres amamantaban a los cachorros hambrientos de las perras que morían), las cunas de los bebés eran los brazos de su madres y todos guardaban respetuosa memoria por los muertos.

En la época en que las ballenas llegaban a las costas para cumplir sus ciclos vitales, estos nativos elevaban sus cantos convencidos de que los cetáceos se les acercaban por la magia de sus voces.

Al empezar el siglo XX, los kawesqar eran menos de mil pero, cuando en 1953 convivió con ellos Joseph Emperaire ("Los nómades del mar", Universidad de Chile, 1963), quedaban 61. En el 2011, los últimos (ya transculturizados), se estiman en 278: la mayoría vive en Punta Arenas y Puerto Natales, y solo unos veinte residen en Isla Wellington.

En 1884, once kawesqar fueron secuestrados en el Estrecho de Magallanes. Cuatro mujeres (una embarazada), cuatro varones y tres niños se expusieron en París, encadenados, recibiendo del público monedas y siendo alimentados con carne de caballo cruda, pues, para la "antropozoología" (!), eran antropófagos.

Los anuncios decían que el público debía asistir a verlos urgentemente. ¿Los raptos sabían que no sobrevivirían a las jaulas (de hecho cinco murieron)? ¿O temían que los kawesqar se "deskawerizaran" muy rápido?

HIELO Y SILENCIO. Dante Alighieri castigó a Ulises por sus crueles consejos (aquellos del caballo, en Troya), desgarrándolo contra una cumbre antártica: "Ulisse e così insieme a la vendetta" ("Infierno", Canto 26). Es que aún desconocida, la Antártida era presentada por los griegos que la llamaban Antichton (anti-ártico). Y los mapas medievales, siglos después, la dibujaban con endriagos, sirenas y aves fabulosas que podían alzar el vuelo con un rinoceronte entre sus garras.

En medio de la grandeza lúgubre y solitaria de Región de Magallanes y Antártica Chilena, en un muelle de la ciudad de Porvenir, en julio del 2010, Patricio Chacás, me dijo algo así: "Mi abuelo es uno de los últimos y no tiene con quién hablar. En mi visita de hoy, él recordó cuando era niño y tenía palabras para plantas y animales, pero ninguna para decir 'esto es mío'. Cuando él se vaya, ya no quedará nada de lo que le enseñó su

Hace diez mil años,
diversos pueblos convivían
en el Sur sin frecuentarse
por el frío y las dificultades.

CLASES MAGISTRALES

padre, quien a su vez lo recibió de su abuelo. Mi abuelo no sabe escribir, dice que su lengua se escribe en el viento y el mar. Y yo siento que, cuando él muera, todos habremos perdido algo que nunca más podrá ser recuperado”.

Los pueblos que habitaban los archipiélagos del sur continental tenían lenguas diferentes, pero parecidas (la semejanza no existe y es solo un caso particular de la diferencia, una situación en que la diferencia tiende hacia cero, pero sin anularse): los kawesqar, por ejemplo, llamaban wese al guanaco, mientras sus vecinos los onas le decían weke.

Hoy se sabe que, los yámanas, creaban metáforas: la tristeza tenía el mismo nombre que el cambio de caparazón del cangrejo, un camino cerrado era hipo,

burrirse era igual que la ausencia de amigos varones; y la época de construir canoas en el verano, era “eekana”, porque las aves hacían “eek, eek” al fin de la primavera.

En cuanto a los kawesqar, sus palabras variaban de sentido según donde las dijeran: durante el encierro de meses en las nevadas, no significaban lo mismo que en el verano, cuando los picaflores

de color oro viejo se posaban en las anémonas azules. No era igual decir una frase bajo la luna antártica, que frente al peligro de la navegación en los ventisqueros.

Y es que, para el “pensamiento salvaje”, no cambiaban los puntos de vista, sino que cada cosa y cada lugar constituían un punto de vista. Y una aptitud de la inteligencia chamánica era (¿y es?) la capacidad de poder pensar, al mismo tiempo, desde dos perspectivas incompatibles.

(La necesidad de ver a un nativo como a un ser inferior, se relaciona con la demanda etnocéntrica de sentirse superior).

Escribe Empeaire que existían entre los kawesqar noólogos de voz musical, con interminables temas sobre el pasado, y que se desarrollaban durante extensas reuniones en las chozas, con un bastón en la mano para alejar a los perros y, de paso, atizar las cenizas que calentaban los mariscos.

DIARIO. Al regreso de Porvenir, en el Estrecho de Ma-

gallanes, unos delfines danzan alrededor del barco, mientras por el cielo navegan petreles enormes y un albatros oscuro vence al viento con sus grandes alas. Al día siguiente estoy en Puerto Natales para embarcarme rumbo a Isla Wellington y, mientras las provisiones se agotan, espero toda la semana (inútilmente) que el Puyehue deje de provocar tsunamis en los canales antárticos.

Hay que aclarar que, entre Puerto Natales y Puerto Montt, entre los cuales se encuentra Wellington, existe un laberinto de canales que no permiten ningún sendero terrestre.

Mis amigos de Radio Natales me indican que, sin embargo, el viaje no es necesario ya que en las afueras de la ciudad puedo encontrar a uno de los últimos

kawesqar, Alberto Caro. Y apenas la empresa naviera anuncia que los viajes a Wellington (reserva kawesqar), están suspendidos, camino al amanecer hacia las afueras de la ciudad, al Barrio de los Pescadores.

En la caminata invernal recorro el Seno Última Esperanza (así se llama), y diviso los islotes nevados, en donde solo habitan el silencio y el perfume de las maderas

húmedas y los helechos. Entre las casitas de pino pintadas de colores (en Puerto Natales hay pobreza pero no se ve indigencia), busco a Manuel Suibrabe, pescador de róbalo y ex cazador de castores y lobos marinos.

Cuando le pregunto al propietario de la pescadería “El Castor” si conoce a la persona que busco, el hombre, sin dejar de cortar el bacalao (literalmente, claro) me responde: “Abajo, cerca del mar, va a encontrar una casa que se cae de la mugre. Allí vive...”

Minutos más tarde conozco a Suibrabe, un anfitrión afable y sencillo, que se alegra de que le haya llevado un paquete de yerba mate argentina. Enseguida se suma a la charla su mujer y, en la cocina de cuyas paredes cuelgan enormes ristras de algas, ella empieza a cebar.

Manuel conoce a Alberto Caro y a los kawesqar desde que se inició en la pesca, a los doce años. Y cuenta que era gente sufrida y muy fuerte, que salía al mar de noche solo con un jersey, y pescaban durante semanas en la intemperie antártica.

"Mi abuelo es uno de los últimos. Cuando él muera, todos perderemos algo que nunca será recuperado".

CLASES MAGISTRALES

"De partida eran hoscos, pero no violentos. Pero cuando peleaban ni los carabineros se metían, porque mamados eran muy salvajes, se mataban a combos y garrotazos, algunos quedaban tendidos mientras el otro seguía chupando, sin mirar si su rival estaba muerto. Uno de los Caro se hizo famoso porque rompió una radio, para mirar quiénes eran los que hablaban ahí adentro. Alberto es mi compañero y siempre fue manso conmigo. Pero a uno de los suyos lo he visto levantar a un rival y tirarlo por la ventana a través de los vidrios..."

Al otro día, bajo la llovizna que cae desde el Polo, recorro a pie la costa del Golfo Almirante Montt y paso por balizas y boyas hasta llegar al Faro del Cisne. Desde allí observo los contornos y advierto que el paisaje es idéntico al que vi hace treinta años en Puerto Argentino, Isla Soledad, Malvinas Argentinas.

Sobre las áridas playas distingo los estuches colorados de los cangrejos y, en una curva, veo la solitaria casa de Alberto Caro. Y de pronto compruebo que vagar varias horas por esas latitudes desérticas y hela-

das, produce una profunda paz interior y hace que se disuelva el concepto del tiempo.

Recuerdo entonces, casi con piedad, las anécdotas que me contaron y que solo describen la inocencia de este último kawesqar al que voy a visitar.

Dicen que hace mucho tiempo encontró restos de un naufragio y que, luego de revisar el barco, tiró al mar unas máquinas de escribir: "Eran unos acordeones que no hacían música...", dicen que dijo. Aseguran que también arrojó al agua unos "papeles verdes que no servían para nada", pero que eran dólares. Y dicen que solo se llevó de allí unos tarros de pintura amarilla, con la que empezó a pintar su casa, hasta que le advirtieron

que se trataba de mermelada de duraznos.

Llamo a la puerta y abre Alberto Caro, de ochenta años de edad, tan solo con una camiseta sobre la piel. Su cuerpo recuerda el monumento musculoso de aquellos obreros que pintaban los futuristas soviéticos y su voz atronadora parece salir de un megáfono.

EL ÚLTIMO KAWESQAR. "Pase... Y no es que no lo mi- ▶

"A la hora de las peleas,
ni los carabineros se
metían porque mamados
eran salvajes", me contó.

re. Solo que veo poco. Tengo que operarme la vista. Mi madre era kawesqar pura, ¿sabe? Y se casó con un alemán. Mi padre tuvo 17 hijos. Pero con dos mujeres. Fuera de las cataratas soy muy fuerte. Corto 50 postes cada mañana. Y todavía navego por esos canales que nadie conoce. Los de Isla Wellington no saben nada. Hablan como los blancos. Ese Tonko, que firma el diccionario kawesqar que usted tiene, no sabe nada. Se crió en Santiago de Chile. Yo nací en Ancón sin Salida. Y crecí en el océano.

“Harto he vivido entre kawesqar verdaderos. Los que iban pelados y con una cosita tapándole adelante. A pata pelada andábamos por el hielo y la playa. Cortábamos árboles con luna menguante y sabíamos el secreto de la savia para que no le entren bichos a la madera. Comíamos lobo marino. Se guardaba la ballena bajo la tierra, y esa era nuestra heladera.

Y teníamos comida para mucho tiempo. Los de ahora no saben alzar una carpa. No hacen ceremonias. No navegan. Ni siquiera preguntan. ¿Sabe cuál fue la muerte de todos? El subsidio. Se acostumbraron a que les den sin ganarlo. Sin hacer nada. Y ahora no trabajan, no pescan, no navegan. Se emborrachan. Y vino también esa computadora, que es la peor de las pestes. De tanto estar sentados, mirándola, todos los jóvenes se han vuelto ladrones.

“Yo sé más que todos ellos juntos. ¿Cómo van a tener una palabra para televisión, si en aquel tiempo no había? Usan palabras equivocadas. Los antiguos llamaban chifilai al agua y anchar a la leña. Ahora, a la nutria, le dicen william, y no alte, como antes. Los viejos les decían kirikistá a los peces, porque hacían un barullito en el agua. Escuchábamos ese ruido, de noche. Y mi madre decía: Oye Alberto, Kirikistá, duerme ahora po, que habrá pesca mañana.

“Mi mujer es de Chonchi. De Chiloe. Ellos no creen en Ayayema (N. del R. dios kawesqar que maneja las fuerzas de la naturaleza y que desencadena el temible viento del noroeste) como nosotros. El chilote tiene hartos dioses y muchos diablitos. Yo gané mucha plata. La tiré y me la tomé. Mi hijita murió una vez, cuando yo estaba borracho. Ni me di cuenta... Pero al otro día dejé el alcohol. Para siempre. Ahora tengo uno de mis hijos que salió más borracho que yo.

“Tengo que operarme de cataratas. En Punta Arenas me dan turno y después no me atienden. ¿Así que en la Argentina el hospital es gratis...? Pero será tan solo para los argentinos, ¿cierto? Ah no... Mire usted... ¿Me operarán a mí, en Río Gallegos? Tal vez... ¿Usted cree? Hable usted allá. Mire caballero, si usted consigue que me operen le hago una promesa: lo llevaré a navegar estos canales, iremos a los cementerios abandonados que solo yo conozco, buscaremos antiguos naufragios en el océano. Aprenderá usted mucho sobre el mar. Ya verá. Se lo pido. No quiero quedarme ciego...”

NOCHE Y DUELO. Tal vez, como proclamaba Nietzsche, las palabras jamás llegan a la verdad y, los diferentes idiomas y lenguas, siendo tantos, sólo son “un ejército

de metáforas”, incapaces de alcanzar la realidad.

Pero también es cierto que la ciencia ha demostrado que los monos no tienen obstáculos anatómicos para articular sonidos del lenguaje y que, sin embargo, no hablan. Y también lo es que los humanos sí hablamos y que, sin entender las antiguas palabras, nunca podríamos conocer el pensamiento de las diversas culturas que nos precedieron.

El hombre es un ser demasiado frágil ante la naturaleza. En ella todo cambia, mientras que los humanos, por el contrario, necesitamos que las cosas estén estructuradas, y encerradas en palabras, para entenderlas.

O para creer que las entendemos. Culturas como las fueguinas siempre fueron débiles ante las de sus conquistadores. Existe algo así como una ley según la cual, en el contacto entre dos sistemas de verdades y valores, siempre es derrotado el más antiguo.

Se recuerda que las culturas originarias son frágiles ante los fenómenos y realidades de las más desarrolladas. Un ejemplo claro está en que, por ejemplo, los restos de un naufragio, podían ocasionar la muerte de muchos nativos.

Se ha documentado que una vez, con un barco hundido, los kawesqar encontraron toneles de bebidas alcohólicas y se emborracharon todos, hasta los niños y los perros. Y de inmediato llegaron los combates, los crímenes feroces y la muerte masiva de los que, ebrios, se perdieron en el mar.

La muerte de una cultura puede prolongarse durante siglos, pero también es posible que se produzca de manera fulminante y por una influencia externa. Y así ha sucedido en América. Charles Darwin en su viaje de 1833, indicó la existencia de los indios chono en la Patagonia Chilena. Pero ese pueblo ha desaparecido. Y no hay documento ni palabra alguna sobre su existencia.

Es poco lo que este, el mundo global, hace para preservar las culturas nativas. De hecho, gracias al cine, se han difundido más los idiomas creados por John Tolkien para “El señor de los anillos”(élfico, quenya o sindarín), que las lenguas originarias del continente sudamericano.

El cielo de Puerto Natales suele estar cubierto por la bruma del mar. Pero de tanto en tanto aparece una noche clara y serena y las estrellas brillan doblemente y hasta parecen reflejarse sobre las aguas del Golfo Última Esperanza.

En una de esas noches majestuosas, al dejar este lugar, recuerdo lo que Joseph Emperaire escribió en 1948, luego de convivir durante dos años con los últimos kawesqar (o alacalufes): “Los pueblos colonizadores empiezan a adquirir conciencia de su responsabilidad frente a las desapariciones de pueblos y tratan de remediarlas. Para los alacalufes es demasiado tarde. Cuando los programas sean elaborados, los últimos alacalufes ya habrán desaparecido”.

* **ESCRITOR** y **periodista.**

Dedicado a Isidoro Berenstein, maestro, en memoria.

El hombre es un ser frágil
ante la Naturaleza. En
ella todo cambia, pero él
necesita las estructuras.